

Leila Sucari

CASI PERRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEILA SUCARI
CASI PERRA

TUSQUETS
EDITORES

El cielo se pone azul eléctrico cuando te pienso. Francia, decías vos, pero Francia es solo un lugar en el mapa y que a mí nadie me discuta el color de mi cielo. Eléctrico y punto.

Desde que arrancó el tren, hay un olor que me descompone. El azúcar de las frutas brillantadas me da náuseas. Cierro los ojos, aspiro el juguito de la mandarina. Quiero olvidarme del mundo, concentrarme en el cítrico. Ser toda yo un silencio ácido. Pero una gota va a parar al fondo de mi ojo y me obliga al afuera. No le devuelvo el gesto a la mujer que está sentada frente a mí. Yo solo quiero mi recorte de cielo. Que nadie me hable, que nadie me venga a decir lo que tengo que mirar. Que me dejen sola y tranquila con este cielo que es mío.

Tiro las semillas al piso, las pateo debajo del asiento, donde se acumula la basura de los otros. La mujer ya no sonrío, no intenta nada conmigo. Habla por teléfono en un idioma extranjero mientras mastica sin ganas. Ahora que no me ve, la miro. Se le escapan las migas cuando pronuncia esas palabras raras, llenas de jotas y de erres. ¿Quién le enseñó a hablar así? ¿Cuál será la lengua madre que la tiene tan confundida? ¿Por qué

la madre siempre es una lengua? ¿O es la lengua la que se hace madre?

Imagino una ronda de nenitos huérfanos abriendo la boca. Ella, en cambio, mueve los labios despacio. Estira las vocales como si no quisiera perderlas. Se agarra con fuerza la cadenita del cuello y a mí me incomodan sus ganas de ahorcarse ahí mismo, esa voz grave que se escucha al otro lado del teléfono. El sonido de un mar adentro de un caracol. Ahora el nene de oro queda colgado, como pidiendo auxilio entre los huesos de su clavícula. Ella cambia el tono de voz. Deja de hablar con tantas jotas. Es solo un cuerpo amorfo, lleno de lenguas mezcladas, lenguas hermanas, lenguas serpientes, lenguas sueltas que intentan comunicarse.

Así empieza esto. Arriba de un tren.

* * *

Miro por la ventana, pero no veo nada, estoy ida. El pasado es un pájaro negro que me picotea. Pienso en vos, en lo que se fue de nosotros. En nuestra manera de hablar. ¿Te acordás? Hablábamos quebrando el tiempo, hasta que los cuerpos se desmayaban, entre plumas, enredados, para seguir y despertar en medio de una oscuridad sin nombre. Nos la pasábamos así, en ese estado difuso. Húmedos, perfumados, erectos como un par de lirios salvajes. Y hablar no era solo ordenar palabras y escupirlas al mundo, sino crear uno nuevo, propio, lleno de significados y perforaciones. De fluidos y verdades que ninguno de los dos era capaz de explicar de otra manera que no fuera haciendo del verbo la carne.

Pero todo eso era antes. Ahora se me escapa el pensamiento por la boca. La gente me mira raro. Aprieto los labios, vuelvo a mi adentro. Hay voces, son demasiadas y me confunden. Por eso también me fui. Tengo miedo de romperme.

* * *

El día que me molestó tu manera de respirar mientras dormías supe que lo nuestro no iba a durar. ¿Cuánto tiempo había pasado entonces? ¿Un año o dos siglos? A mí —que había adorado el movimiento de tus manos al lavar los platos, la forma de tu sexo cuando te bañabas y esos besos que se tragaban todo lo negro—, a mí, ahora, me enfurecía la falta de ritmo con la que entraba el aire a tus pulmones. El silbidito agudo y espasmódico me dio la sensación de estar bajando rapidísimo por un tobogán que terminaba en una cloaca.

Te desperté de un golpe en el hombro izquierdo. No hagas tanto ruido, te dije, que no me dejás dormir. Abriste los ojos y me diste la espalda. Antes te hubiera abrazado, me hubiera adherido con la pierna al hueco de tu cadera, hubiera metido la nariz en tu cuello hasta quedarme dormida. Pero, en vez de eso, me di vuelta yo también. No pude dormir.

* * *

A medida que avanzamos, crece el olor a comida y el bebé de atrás sube el volumen de su berrinche. La madre no hace nada para calmarlo, o si hace es una inutilidad

tras otra. La ventana que me tocó está trabada, igual que la progenitora del chiquito. Si esto era la libertad, mejor me quedaba en casa.

Improviso un abanico poniendo la mano en forma de ala. Mis dedos de pianista al fin sirven para algo. Vuelvo al cielo, compruebo que abandonó la electricidad. Se volvió opaco, como todo lo demás.

Ahora debés estar llegando a casa. Encontrando el vacío en la cerradura, descubriendo tu vida como una heladera después de un corte de luz en pleno verano. Acerco la nariz a mi hombro, respiro lo que no está. Mi acidez es un refugio. Cuento hasta veinte, treinta, doscientos. Los números se superponen y forman telarañas.

* * *

Lo único que tengo es un bolso de cuero naranja que alguna vez fue de mi madre. Miento. Lo único que quiero es un bolso de cuero naranja que alguna vez pudo haber sido de mi madre. Lo encontré en un mueble viejo. Adentro había diarios y polvo. Tenía siete años y me agarré de él como si fueran los brazos de mamá. El único recuerdo que tengo de ella es este bolso. Y ni siquiera es real.

Apagaron las luces. Por suerte todos se quedaron dormidos, me agota sentir los pensamientos ajenos. Los sueños son más blandos, no me invaden tanto. Logré vencer la tentación de bajarme y ahora me aferro a ella, a mamá, que viaja sobre mis piernas. Acaricio el cierre oxidado como si fuera la cicatriz de su cesárea. Lo abro un poco, escucho el quejido. Cierro rápido. Que no se

desangre. De acá vengo. Mi historia se reduce a este rectángulo de animal muerto y pulido. Un pedazo de piel carcomida por las polillas. Soy todo lo que no entró en él. Lo que dejé en el camino me define. Cada óvulo que expulsé, todas las veces que dije que no.

Llevo conmigo dos vestidos, un cepillo para el pelo y una bufanda que tiene tu olor. No quiero nada más. No necesito otra cosa que este silencio contra las vías del tren.

Debería abrir la ventana. Que desaparezcas entre las ortigas. Que mi cabeza se vaya de mí.

* * *

La mujer abre los ojos y me mira desde sus ranuras vidriosas. Me limpio con la manga como si todavía fuera esa nena de siete años que busca a su madre desesperadamente. Si se me escapan los mocos, es porque no consigo llorar. Disculpe, señora, algo tiene que salir de este cuerpo seco.

La desidia me volvió compacta. No siento nada. A veces me despierto y tengo la certeza de que no existo. Mis venas son un circuito acabado que gira por inercia. Los kilómetros que llevo arriba del tren me dan la ilusión de movimiento. Cierro los ojos y recuerdo: nada es, yo tampoco. Lo que construimos juntos quedó estancado en la línea recta que hay ahí, entre tus pupilas de oveja que se me aparecen a cada rato como una maldición. Los cuadritos colgados sobre las paredes de tu consultorio no te sirvieron. Perdiste lo que amabas por intentar descifrarlo.

Miro el cielo, todo sigue igual. Las horas no pasan. Las estrellas no forman ninguna constelación. La luz solo ahueca lo negro. Lo que titila allá arriba está muerto.

* * *

Insistías en que al amor había que sostenerlo como a una pieza de arquitectura. Si la cosa se derrumba, es porque nadie se esfuerza, decías. La cosa éramos nosotros; nadie, yo. Las peleas se habían convertido en un ritual; el amor, un protocolo. Comprabas comida al por mayor, te gustaba tener provisiones, hacer cálculos. Yo, en cambio, era antieconómica. Masticaba como una adicta los brotes de bambú que traías del japonés. Comía para no escucharte. Devoraba en marzo las latas destinadas al mes de julio. Con vos nada dura, te quejabas, es imposible planificar. Y yo miraba de reojo, sin responder, chupando la textura amarga de lo importado. Tu sueldito profesional en mi boca.

Todavía podemos, decías, y encajabas la mano entre mis tetas. No sos vos, son los calores, y te espantaba como a un murciélago. Después venía ese silencio. Un silencio que no era huella, sino puro desierto. La pareja no es tu prioridad, seguías, y acomodabas en la alacena los paquetes brillantes de algas con vitamina E.

La mujer me regala una pera antes de bajar del tren, me arranca de vos por un segundo. Le agradezco. Observo la fruta. Tiene aureolas marrones, partes blandas que me recuerdan la flacidez de mi cuerpo. La guardo en el bolsillo. Es raro cómo el tiempo transforma las

cosas. Cuando nos conocimos decías que te gustaban mis piernas. Yo me reía, pensaba que te iban a gustar siempre. Al final entendí que no. Aunque entender es inútil. Todo llega tarde, cuando no lo necesitamos.

* * *

Bajé en la última estación. La elegí por el nombre: Lagerstroemia. Imaginé un pueblo extraño, con gente a caballo, sin montura, hablando un idioma desconocido y hermoso. Pero hasta el momento solo se me acercó un viejo a pedir monedas. Le dije que no tenía nada y se alejó pateando el polvo. Ahora estamos los perros y yo. El resto de los pasajeros abandonó el tren durante la noche.

Hundo el pulgar y la pera se deshace. La fruta está podrida, pero tengo hambre. Muerdo hasta sentir la semilla en el centro. La mastico también. Hay que saber aprovechar lo que se tiene, digo en voz alta para que el vagabundo me escuche, aunque esté demasiado lejos y demasiado borracho como para interesarse en mi falsa moral.

—¡Hay que dejar el alcohol! —grito, y los perros festejan la estupidez humana. Desarmo la fibra de la pera con la lengua. Se parece a tus cartílagos. Cómo me gustaba moldearte la oreja, sentir tu escalofrío en mis dedos, morder hasta que doliera, como si fueras una fruta sin cáscara, llena de sabor y de jugo.

* * *